

# Ladrones de cartas

Seve  
Calleja

Dibujos de  
Laura Sua



Eran las diez de la mañana de un lunes.

Al volver con su madre del ambulatorio y llegar al portal, a Raúl le había llamado la atención aquel carrito de color amarillo limón que parecía abandonado en la puerta.

Pensó que no podía ser un carro de la compra, por mucho que se le pareciera en la forma, en el asa y en las ruedas. Era demasiado llamativo. Así que, después de comprobar que nadie lo miraba, le levantó la solapa para ver qué contenía.

—No seas curioso —le recriminó su madre—. Y entra en casa, no vayas a enfriarte.

—¿De quién será esto? —le preguntó a su madre convencido de que tampoco ella lo sabría porque no era ninguna adivina.

—Es el carro del cartero, ¿o es que no lo ves? —contestó su madre.

—¡Ah! —repuso sorprendido el chico. Además, ¿por qué tenía que saberlo él?

Raúl tenía la gripe. Debía permanecer unos días en casa sin ir al colegio mientras no se le pasaran la fiebre y la tos. Pero eso no significaba que tuviera que guardar cama. Sólo con no enfriarse era suficiente. O sea, que también podía estar sentado en el salón, desde donde podría ver la calle para sentirse menos encerrado, o poner la televisión a cualquier hora. Podría incluso llamar a algún amigo para que fuera a visitarlo por las tardes después de clase.

Pero, como no había nada interesante en la tele y ningún colega podría ir a visitarlo a aquellas horas, cogió el libro que ya tenía empezado hacía días y se puso a leer.

Normalmente, a Raúl no le gustaba leer por obligación los libros de la lista que mandaban en cla-

se, prefería poder elegirlos él. Y menos tener que llenar fichas de lectura con el tema, el argumento, los personajes, el estilo, la opinión personal y todo eso que les gusta pedir a los profes, tanto que son capaces de tragarse luego trabajos y trabajos, todos con el mismo rollo copiado de unos a otros. Además le gustaba leer por las noches antes de dormirse sin que le pusieran hora tope, como solía hacer su madre. Y sin embargo éste que tenía ahora entre manos, aunque fuera de la lista de clase, parecía interesante y lo empezó con ganas. Se titulaba *Cocodrilos de barrio* y estaba pensado para gente de su edad. Por lo menos ésa era la edad que más o menos tenían Olaf, Kurt, Peter y el resto de la pandilla alemana. Bueno, la que parecía que tenían, a juzgar por las cosas que solían hacer y que más les interesaban.

Gente de la ESO que encuentra lo más interesante que se puede encontrar en vacaciones en un barrio a las afueras de la ciudad: una aventura de verdad con robos misteriosos y peligrosos delincuentes. Él podría ser Olaf, el líder de la banda, aunque no tuviera una hermana como el del libro. Luisa, siempre tan sesuda y responsable, podría ser la equivalente a Kurt, el chico

paralítico que lo vigila y lo requetepiensa todo desde su silla de ruedas. Héctor, con lo cachas que es, se podía parecer a Willi; y el buenazo de Iván, a Peter o a Hannes, que son uno el más nervioso y el otro el menor y más solidario de los Cocodrilos.

«Bueno, aún faltaría Rosa», se dijo para sí Raúl mientras repasaba la lista de personajes de la novela y la iba comparando con la de su propia cuadrilla. «¡Ya está!», se dijo, «creo que Rosa, aunque no sea mi hermana, es lo más parecido a María, la hermana de Olaf el líder. Eso es», pensó Raúl antes de bucear en las páginas del libro.

De acuerdo, él y sus amigos no tenían una cabaña en el bosque, en la que reunirse como la de los Cocodrilos del libro, ni una fábrica en ruinas a la que ir a hurgar, pero y qué, había otras cosas en el barrio: había lonjas y portales mugrientos y medio abandonados, y además todos tenían bici como los de la cuadrilla del libro para hacer escapadas por las afueras.

Fue a media mañana del día siguiente, dispuesto a enfrascarse otra vez en la novela que estaba



leyendo, cuando, observando por la ventana el trasiego diario de la calle, Raúl volvió a ver abandonado el carrito amarillo limón del cartero. Esta vez, en medio de la acera de enfrente.

«Se lo podría robar cualquiera», pensó. «Pasa un ladrón, tira de él con todo disimulo y se aleja tan campante, como si viniera de hacer la compra. Así de fácil. ¿Quién le iba a decir algo? ¿Cómo iba nadie a suponer que no era él un cartero? Y luego, una vez en su casa, el ladrón se pondría a abrir las cartas una por una», imaginó el chico, sin perder de vista el carrito.

Y en aquellos momentos, él mismo se moriría de ganas por bajar corriendo a coger el carro aquel, subirlo a casa y, una vez a solas en el salón, empezar a abrir todos aquellos sobres-sorpresa. Además, aparte de leer, ponerse el termómetro y mirar por la ventana, no tenía nada que hacer en toda la mañana.

El único inconveniente era su madre, que seguro que no tardaría en darse cuenta. «Qué lástima, no hubiera sido mala idea», se dijo para sí.

Poco después, con la tele encendida y sin prestarle demasiada atención, Raúl se puso a imaginar lo que podrían contarse unos a otros en las

cartas, de cuántos secretos se podría uno enterar si se tomaba el trabajo de hacer lo que instantes antes se le había cruzado a él por la mente como una irresistible tentación.

«¡Qué incitador tiene que resultar a los carteros hacer una cosa así!», pensaba el chico. Claro que ellos estarían tan hartos de traer y llevar cartas de acá para allá, que no les interesaría un pimiento perder el tiempo en abrirlas. En cambio alguien como él, que nunca recibía una sola carta de nadie, ni siquiera de su padre, bien a gusto que se pondría a leerlas para saber qué era lo que podía decirse la gente por carta.

En aquellos momentos, en la pantalla aparecía sobreimpreso un apartado de correos para quienes quisieran participar en un concurso. El chico supuso entonces que tal vez la mayoría de las cartas que la gente escribía serían para participar en concursos como aquél, o para comprar algo por correspondencia. Y entonces pensó que no merecería la pena correr ningún riesgo por robarle a un cartero su carrito cargado de bobadas. ¿Para qué?

Apagó el televisor y se dejó caer sobre el sofá como si le pesara la cabeza. Intentó distraerse



con las andanzas de los Cocodrilos, pero no lograba apartarse de la mente la obsesiva imagen del carrito.

—¡Raúl, cariño!, ¿por qué no te acuestas un rato? —le sugirió desde el fondo del pasillo su madre al escuchar aquella tos perruna que se le escapaba de vez en cuando y le dejaba la garganta tan dolorida.

Desde que lo había visto la primera vez frente a su portal, cada día de los que permaneció encerrado en casa, Raúl se asomaba al mirador hasta verlo aparecer. Por pasar el tiempo de algún modo, llegó incluso a cronometrar lo que el cartero tardaba en entrar y salir de cada portal. Y le pareció que se movía como un reloj.

Así iba pasando su convalecencia, esperando cada mañana la llegada del cartero, mandando sms a la gente de clase y de aventuras con los Cocodrilos. Y es que, por culpa de la gripe, se aburría como un hongo tanto tiempo encerrado en casa sin poder salir ni siquiera a por el pan. De la televisión, lo único que le interesaba era *Smallville* y *Los Simpson*, sus series favoritas, pero las daban por las tardes.